

Ya suena el cerrojo. Por primera vez su chirrido no me suena tan angustioso y estridente. Ya se oyen los pasos, mi corazón se va acelerando a la misma vez que se van acercando a mi pequeña, sucia y maltrecha celda. Una última mirada a mi inhóspita morada, cuatro metros de gris cemento que acumulan innumerables reseñas de todos los inquilinos que han pasado por aquí antes que yo. Huellas de un pasado que conozco como las cicatrices de mi piel. El viejo y duro camastro que se ha encargado de romper mis huesos durante doce años, cuatro meses y seis días, quizás esta noche lo eche de menos. Ya golpean la puerta, al tiempo que la fea cara de mi guardián se asoma por la reja abierta para, una vez más, deshacer mi intimidad con su fría mirada. Pero esta mañana no viene solo como de costumbre, el honorable subdirector lo acompaña con un manojo de papeles en la mano. Tras un maravilloso discurso institucional, un puñado de buenos consejos que no he solicitado y un estéril apretón de manos me concede mi primer permiso penitenciario, de quince días. Todo es tan extraño, sé que no es una libertad completa, pero aún así es más de lo que he deseado en estos últimos años. No puedo evitar leer el documento, mi nombre precedido de un "Sr. D.", que provoca una leve sonrisa en mi castigado rostro. "Se le concede un permiso de dos semanas por BUENA CONDUCTA". Maldita hipocresía burlona se ha apoderado de mi insulsa vida, pues no recuerdo hasta el día de hoy ninguna otra mención de buena conducta en mi dilatado expediente. Mi memoria, espinas de un tiempo que se clavan en mi alma me devuelve escenas de mi tiempo de estudiante, ni una buena nota lleve nunca a casa y sin embargo se agolpan como caballos desbocados las notas que D. Antonio, el pobre director del colegio mandaba a mis padres asegurando que no era mal chico, pero necesitaba ayuda para corregir mi conducta. Solo se preocupaba por mí, y yo, como solía hacer siempre, le pague con un repertorio de mis fechorías mas inmundas.

Hace frío, la mañana amaneció de un gris mármol y las nubes amenazan con derramarse sobre el edificio de piedras que me había tenido recluido la última década. Nadie ha venido a esperarme a la triste cancela verde, despintada y descuidada, donde el oxido es el único inquilino que parece que ha encontrado su hogar. Pero, no les culpo, estas son las normas que yo pisotee tantas veces como me apetecía mientras eran indulgentes con mis actos. Mientras espero al taxi que el juzgado ha pagado para llevarme de vuelta a mi pueblo, no puedo evitar pensar como he desperdiciado treinta años, tirando por la borda las ilusiones de aquel niño que jugaba con un lápiz y un trazo de papel soñando a ser pintor hasta que la oscuridad lo obligaba a cobijarme en la cama, donde bajo las sabanas, ayudado de una pequeña linterna seguía dibujando los garabatos que mi imaginación me dictaba. Si algo he aprendido en estos doce años, es que se puede añorar el tiempo pasado, pero nunca, nunca se puede cambiar lo que se ha hecho, por mucho que nos duela. A lo lejos oigo el trino de un pajarillo que no consigo reconocer, pero su alegre melodía me atrapa en mis pensamientos y mi recuerdo

vuela por el tiempo, devolviéndome a mi infancia, aquellos días de inocencia, de juegos y risas. Ahora me río, de chico, quería ser policía. Como suele decir "el chino" mi compañero de patio, un hombre grande, fuerte y de mirada perdida, "el destino, es el tren de la vida que nos va alejando de nuestros sueños y si no tenemos los suficientes huevos para bajarnos en marcha, claro está, porque no se detendrá, nos llevará hacia el lugar más alejado del que queríamos llegar". El chino, es un personaje solitario que no tiene amigos, sin embargo, afirma que yo le caigo bien y gracias a eso me ha evitado muchos problemas con el resto de los reclusos.

Ya se aproxima el taxi, un viejo vehículo con la misma edad de mi condena. Su ocupante, un hombre cincuentón con demasiada barriga, calvo y con un gran bigote, poseedor de una descarada mirada grosera y demasiado maleducado que no quería saber nada de mí, para él solo soy un maleante. Viene solo por el servicio, obligado por la gerencia de prisiones, mal pagado y con ganas de terminarlo cuanto antes para pasar las horas en el aeropuerto esperando a los turistas que suelen dar mejores propinas que un servidor, que por no tener, no tengo ni para un mísero café. El viaje se hace interminable, ni una sola palabra nos cruzamos, solo la constante mirada grosera a través del espejo retrovisor para vigilarme. Aunque percibo esa duda intrigante de saber qué motivos son los que me llevaron a la cárcel, aunque puedo suponer por su mirada que lo sabe. Más bien su curiosidad se centra en que voy hacer ahora con mi vida. Ahora me invade una satisfacción interna que se refleja en mi rostro y noto su desconcierto tras el pequeño cristal, lugar donde nuestras miradas se cruzan por un instante. No todos los años han sido desperdiciados. El primero fue un horror, pues cada noche vivía el peor día de mi vida, las drogas, peleas y castigos en confinamiento me iban consumiendo, hasta que una mañana gris plomizo como la de hoy, un tal Paco, funcionario de prisiones que acaba de llegar a la enfermería me convenció para que entrara en un programa de desintoxicación y tras siete largos y penosos meses, lo conseguimos. Después el tiempo se detuvo para mí, los dos años siguientes fueron estériles, más una mañana me decidí a estudiar y tras siete duros años de esfuerzo y sacrificios me licencié en Bellas Artes. Apenas me bajo del vehículo, no se espera a que me aleje para rociarlo con medio bote de desodorante. Debe ser, que el mal ha de tener un olor desagradable, pero lo que no sabe, que mientras se acuerde de que he estado sentado en el asiento trasero el olor a escoria permanecerá impregnado en su interior.

El pueblo, ya no es el mismo, y sus gentes habrán cambiado también. La calle adoquinada y desierta se estrecha a cada paso que doy y los recuerdos se agolpan en cada esquina que tuerzo. Los naranjos en flor, endulzan de azahar la plaza que tantas veces me vio pasar mientras tuve la libertad de decidir mis pasos, ahora dubitativos. Arriba, cuando la pendiente se hace más llevadera y la estrechez se alivia, se asoma impaciente la casa de la que me llevaron esposado y las lágrimas

amargas como gotas de alcohol que escuecen mis ojos se esconden tras el oscuro cristal de las gafas de sol. Si ella estuviese aquí, estoy seguro que hubiese adivinado mi llegada, con esa intuición que nunca llegue a comprender. Pero esta vez, no estaba asomada a la puerta, mirando calle abajo, esperando mi llegada. El dolor aprieta mi pecho como el puño destripa la pequeña flor y he de apoyarme sobre la pared para evitar caer, derrumbándome en mi culpa y me veo incapaz para detener las lagrimas que durante tanto tiempo he reprimido y ahora corren descontroladas por mis mejillas. Ya no me queda valor, desde la distancia observo la fachada, nada ha cambiado, salvo los desconchados que los años le han sacado en su amarillenta pared. Me tiemblan las piernas y el recuerdo me golpea otra vez, como aquella mañana y otra vez me siento un cobarde. Me desvió por una calle cercana para rodear la manzana, mis pasos decidíos me ayudan a escapar de los comentarios de los vecinos que me han reconocido, pero ya no hay vuelta atrás, pronto todo el pueblo sabrá que el canalla ha regresado.

Bajo la mirada avergonzado y acelero el paso por las calles adyacentes alejándome como tantas veces hice de pequeño para escapar de la reprimenda de mis pobres padres. Un perro, que se ha dado cuenta de la maldad que llevo a las espaldas me atosiga con sus ladridos, queriendo que me aleje de la gente a la que protege. Al fin, consigo poner distancia, y algo más calmado me dirijo al único sitio donde no seré mal recibido. Como de costumbre la alta cancela centenaria está cerrada, pero eso nunca fue un problema para mí. Experto en hacer lo que me daba la gana, sin rendir cuentas de mi conducta. La lluvia hace acto de presencia, cayendo con fuerza, empapando mi cuerpo, creando una cortina natural que esconde mis pretensiones. Ajeno a todo, salto la baja pared recién encalada y todo a mi alrededor se vuelve paz y tranquilidad, reseñas de los que fueron, unos grandes, otros más pequeños, los más importantes tienen sobre sus restos impresionantes mausoleos de caro mármol y sus nombres escritos en dorado, los más humildes solo una fecha escrita sobre el frío y tierno cemento que el tiempo se encargó de endurecer para que no se olvidara su recuerdo. Camino en un laberinto de cruces y flores de plástico, leyendo una por una cada lapida, analizando las fechas, buscando una pista para dar contigo. Tras una interminable tarea, la lluvia se detiene por un instante como mis pasos cuando llego a tu eterna morada. Una paloma dorada sobre tu nombre y esa fecha maldita grabadas sobre una losa gris. Sacudo con estas manos manchadas las gotas que el viento deposito sobre ellas, en un intento inútil de limpiar mi pena y casi sin merecerlo vuelvo a sentir esa paz que solo podía sentir cuando me abrazabas en tu regazo. No sé qué tiempo permanecí allí, quieto, en silencio. Las largas noches de insomnio tumbados en mi viejo y duro camastro prepare un bonito discurso para llegado este momento, pero ahora vacío de todo sentimiento las palabras han volado como las hojas secas de un parque en una tarde de vendaval. Y cuanto más suplico que el olvido me

lleve más me acuerdo de ti. Ya no puedo más, mi voluntad se derrama en cada lagrima de arrepentimiento como la desesperante lluvia que vuelve a caer con más fuerza aplastando mi coraje y aunque sollozo tu perdón en la soledad de aquel campo santo, siento como miles de animas me miran con risas desdentadas y cuencas de ojos vacías atrapándome con su locura, señalándome con la única falange que les queda prendida a sus deshuesadas manos acusándome que fui yo. Que fui yo por negarte a darme dinero para consumir aquel veneno que decías que me estaba matando...que fui yo. Yo quien te arrebató la vida, aquella mañana del 19 de octubre del 2006. Que fui yo, con estas manos, ni la droga, ni sus ganas de consumirla. Yo, a quien más querías.

La noche cae deprisa, entre claros se asoman las estrellas y la soledad me atrapa en su cruel manto de silencio, el miedo se apodera de mi y siento como las sombras bailan a mis espaldas. Me acurruco mas a ti, confiado cierro los ojos y sueño una vez más con el fugaz recuerdo de tu cara. Con los primeros rayos de sol, la luz inunda el cementerio y se refleja en los charcos como espejos que deslumbran mis ojos claros. El canto de los gallos de los corrales cercanos avisan de la llegada de la mañana y el crujir de la gran puerta me pone en alerta, el sepulturero empieza su jornada. Como una alimaña después de haber asaltado el gallinero me escabullo ocultándome entre las tumbas y tras mirar tu sepultura una última vez abandono el camposanto con una infinita paz interior.

Mojado, cansado y hambriento camino la calle abajo completamente despreocupado por si alguien me reconoce, tras muchos años mi autoestima se alza como un poderoso tótem que me llena de confianza y aunque aun los remordimientos del pasado me atormentan, siento un verdadero deseo de vivir. Ahora recuerdo, que tengo una habitación pagada en la fonda del "Paquillo", que además, me dijo mi abogado que dejaría allí ropa y algo de dinero para estos días. Después de muchos años siento deseos de silbar, pero me contengo, porque no puedo olvidar que para estas gentes, trabajadores humildes y honrados, yo sigo siendo un canalla. A mis espaldas alguien me ha reconocido y viene hacia mí gritando mi nombre con síntomas de una imponente alegría, me giro y el pasado cae a mí como una avalancha que no puedo esquivar. Su voz sesgada, entrecortada y fría producía escalofríos en mi espalda. Fue tan rápida su acometida que no pude esquivarlo, me dio el abrazo más sincero que jamás había podido esperar en este regreso breve y furtivo. Lo observe sin poder reaccionar, estaba pálido, sus huesos se marcaban sobre su oscura piel, su pelo largo y enmarañado se entrelazaba a una barba descuidada, mientras que sus ojos tristes y pequeños parecían salirse de sus cuencas cada vez que esboza una tímida sonrisa. Siempre fuimos colegas, desde pequeños. Amigos que descubrieron juntos el escabroso mundo de la droga y miles de demonios sobrevolaron por mi cabeza, recorriendo cada parte de mi cuerpo, helándome, clavándome al suelo como una estaca. Era evidente que mi reacción lo había descolocado. Pero eso no freno su ímpetu,

golpeo mi hombro con su puño izquierdo, como solía hacer cada vez que se tropezaba conmigo, aun sabiendo que me molestaba. En un instante, sin que yo aún hubiese abierto mi boca soltó todo su repertorio, como si estos doce años no hubiesen pasado, como si nada hubiese ocurrido.

- "Vamos a la casa del Toni tío, veras que alegre se pone la peña cuando te vean llegar. -hizo una pausa para darle una calada a su cigarro, coger algo de aire, tambalearse dos pasos atrás y continuar - Sabes tío, ayer trajeron mercancía de la cara -volvió a tambalearse y cerró los ojos para recuperar la posición - tenemos que celebrarlo". Agarro mi mano, tirando de ella y, al ver que seguía sin reaccionar me grito con signos de enfado -¿qué te pasa tío? -dudo un instante mientras volvía a tirar de mi- "¿ya no somos colegas tío? -apretó los ojos un instante y pude sentir su dolor. Mostraba signos mas que evidentes que se había consumido como el cigarro que ahora tiraba a la calle para inmediatamente sacar otro. Por un instante sentí pena. Y rabia. El pasado a veces es un arma peligrosa, demasiado cruel y la memoria suele devolvemos sensaciones desagradables con tal exactitud que parecen que acabamos de vivirlas. Aspire profundamente mientras me situaba frente a mi colega, mirándolo directamente a los ojos, desafiándolo, conteniendo la respiración.

No -le dije, soltándome de su mano. Su mirada, chispeante de la decepción era similar a la de aquella terrible mañana mientras me repetía que no podía ayudarme. Puedo sentir sus palabras de antaño clavándose en mi conciencia -"Pídeselo a tu vieja, luego robamos algo y se lo devuelves", mi propia sangre me quemaba en las venas obligándome a obedecerle. Aun después de todo este tiempo puedo sentir aquellas sensaciones que me atrapan en una espiral de dolor y resentimiento. Puedo sentir ahora el fuego del ajuste de cuentas como muerde mi voluntad, coaccionando mi orgullo. Aprieto los dientes para no gritar, y el recuerdo me devuelve tu rostro, tan nítido, que parece que estás conmigo, tu voz, suave y pausada me susurra al oído, como aquella primera vez que me pelee de niño "no intentes cambiar el pasado buscando venganza, porque de esa manera solo podrás condenarte". Decidido, me gire y continúe mi camino, dándole la espalda. Y aunque lo escuche refunfuñar hasta que doble la esquina. La renovada calle ancha, con sus hermosos rosales entre los recién recortados setos verdes me daban la bienvenida y las altas palmeras que la brisa mecía en un agradable vaivén saludando a la recién llegada mañana me daba los buenos días. Aquel canalla del pasado, que vivía en mi interior como un demonio que controlaba mis actos y que tanto daño había causado, no solo a mí, sino a todo aquel ser vivo que se cruzo en mi camino, había desaparecido para siempre. Sonreí, una luz, de brillo intenso, blanca y pura gobernaba mi interior y marcaba ahora mi determinación. Tengo una cita con la justicia, aun me quedan dos años para cumplir la condena que me ha impuesto la sociedad, pero mi verdadera Condena, la sufriré en silencio todo el tiempo que me quede de vida.